



EL NAHUAL- ERRANTE

FOBIAS

EL NAHUAL ERRANTE

EL ARTE DE LA TRANSFORMACIÓN Y EL MIEDO



Título: El Nahual Errante #20 Fobias

Fecha de publicación: 12/05/2025

Maquetación y diseño editorial: Belem Leal

Consejo Editorial: Leonora Montejano, Miguel Diaz, Arely Fuentes

Portada: IA

Playlist: Arely Fuentes

Contacto: elnahualerrante@gmail.com

Página: <https://elnahualerrante.com>

El copyright de las imágenes pertenece a sus respectivos autores y/o productoras/distribuidoras.



Las opiniones aquí vertidas son de exclusiva responsabilidad de quien las emite y no representa necesariamente el pensamiento colectivo de la revista El Nahual Errante

CONTENIDO

CARTA EDITORIAL

FOBIAS

4

OMEYOLLOA

PONERIFOBIA

6

AMOXTLI

MIRAR POR LA MISMA VENTANA TANTAS VECES Y VER SIEMPRE LO MISMO: TENGO FOBIA A LOS *BEST SELLERS*

9

TLATLAPANA

LA ARACNOFOBIA SE CURA CON RISAS

12

ICNOCUICATL (CANTO TRISTE)

DESPIÉRTAME CUANDO PASE EL REGGAETÓN

14

ANECDOTARIO

NO TODOS SON VILLANOS QUERIÉNDOME MATAR

16

SASANILI O EL ARTE DE NARRAR

ESTRUENDO

18

DETRÁS DEL MAQUILLAJE

20

DESPECHO

24

LO QUE HABITA EN LA OSCURIDAD

26

FORMICIDAE

29

LUZ NEGRA

33

ÚLTIMA CENA

36

FONO

38

SÓLO ES UNA TORMENTA

40

PANDEMÓNIUM

43

DOS PASOS MÁS

46

LOS NAHUALES

FOBIAS

Enfrentar el miedo ha sido, quizá desde siempre, una de las tareas más complejas del ser humano. En esta edición número veinte de *El Nahual Errante*, nos adentramos en ese territorio inquietante, muchas veces irracional, que habita en las sombras de la mente: las fobias.

Este número es, en cierto sentido, un ejercicio colectivo de introspección. A través de relatos, ensayos, crónicas y memoria personal, las colaboraciones aquí reunidas trazan un mapa de miedos diversos: algunos cotidianos, otros extraordinarios; unos con nombres definidos, clínicos, y otros más escurridizos, que se ocultan bajo el disfraz de lo social, lo cultural o lo íntimo.

El texto de Miguel Ángel Díaz, por ejemplo, nos confronta con una fobia que va más allá de lo individual: el miedo a la crueldad humana, a lo que somos capaces de hacer los unos a los otros cuando fallan la justicia, la compasión y la memoria. Por su parte, Florencia Frapp nos invita a pensar en la melofobia —ese rechazo visceral a la música— como un síntoma complejo, que puede esconder tanto trauma como crítica cultural. Escoria Medina nos comparte una mirada aguda y provocadora hacia los mecanismos de la literatura comercial y la experiencia lectora atravesada por el desencanto. Y Leonora Zea nos abre las puertas a un testimonio íntimo donde la ansiedad social se vuelve cuerpo, silencio, temblor... y también resistencia.

Las fobias son una puerta hacia lo que no entendemos del todo, pero también hacia lo que más nos define. Muestran las grietas en nuestra idea de control, revelan las marcas de una sociedad herida y, en ocasiones, permiten explorar los límites de la empatía y la humanidad. Lejos de banalizarlas, los textos que componen esta edición las abordan con honestidad, con humor, con crudeza y, sobre todo, con la convicción de que nombrar el miedo ya es una forma de enfrentarlo.

A veinte números de haber comenzado este camino, agradecemos a nuestras lectoras y lectores por acompañarnos en esta travesía errante. Que estas páginas sirvan no solo como un espejo, sino también como una linterna.

Consejo Editorial

¿Ya tienes tu libro?
¿Tienes una gran idea y quieres escribirla?

Publica tu Libro

Fácil, rápido y seguro

Una editorial de escritores
para escritores...



Kreko Producción

Contacto:

5561127824

 @krekoproduccion

 @krekoproduccion



☒ Taller personalizado

☒ Acompañamiento

☒ Corrección de estilo

☒ Ilustración portada

☒ Ilustración interiores

☒ Diseño gráfico

☒ Diseño editorial

☒ Ejemplares en físico

☒ Ejemplar en digital

☒ Publicación

☒ Distribución

literatura que crece.



PONERIFOBIA

MIGUEL ÁNGEL DIAZ BARRIGA N.

Según los diccionarios una fobia es un miedo irracional y persistente a una situación, objeto o animal, que paraliza y entorpece el actuar de un individuo. Viendo el significado generalizado, me surgió una duda ¿Puede un miedo racional ser una fobia? Bueno, estrictamente hablando no, pero hay miedos racionales que pueden tener las mismas limitantes que los miedos irracionales.

Debo confesar que al inicio esta columna iba por otro camino, pero en los últimos días una noticia golpeó sin piedad a mi país. En Teuchitlán, una localidad en el

estado mexicano de Jalisco, se descubrió una hacienda con evidencias suficientes para afirmar que era un centro de exterminio de algún grupo de delincuencia organizada. Se hallaron restos humanos, ropa, cartas de despedida... Nunca antes una pila de zapatos provocó tanta indignación, o tanto miedo.

Es inimaginable lo que sucedió ahí, dicen, pero yo creo que el problema es que sí es posible imaginarlo y por eso aterra. Se puede imaginar la tortura, las horas de incertidumbre y agonía, el nivel de desolación que orilla a alguien a escribir una despedida definitiva, el abuso, la

violación, la violencia, la humillación, el dolor. Todo eso es perfectamente imaginable porque, como sociedad, estamos normalizando de manera trágica estas situaciones.

Un pensamiento se repite sin parar en mi mente cuando vuelve la noticia a escucharse en los medios de comunicación, en las pláticas cotidianas, en redes sociales: que puto miedo.

Me da miedo saber que existen personas que analizan y organizan en una hacienda un centro de exterminio, como si de un campo de concentración nazi se tratara; que se aprovechaban de la necesidad económica de las víctimas poniendo anuncios falsos de trabajos para atraerlos; que utilizaban el lugar como escuela para crear nuevos delincuentes, muchas veces sin opción a negarse; que le llamaban el *kínder* de forma irónica; que esto le puede pasar a cualquiera: a un joven de 16 años que esperaba ganar dinero pintando una casa para pagar su escuela, o jóvenes madres que trataban de alimentar a sus hijos. Me da miedo saber que le puede pasar a un vecino, a un amigo, a un familiar, a mi pareja.

Investigué, no hay una fobia a la maldad humana ¿Saben por qué? Porque no es irracional ¡Tiene todo el sentido del mundo! Es lógico temerle, pero este miedo dificulta desarrollarse, un simple ejemplo: mi hermana, psicóloga, rechazó en estos días una posible terapia a domicilio por miedo. Cito literalmente: “¿Y si me matan?” Tengo que aclarar que hasta hace unos días las sesiones a domicilio eran normales, ahora se sienten peligrosas.

Me atrevo a considerar el miedo a la crueldad humana, a la maldad, a lo terrible que pueden llegar a ser algunos semejantes a nosotros mismos, como una fobia. No sólo como una fobia más, sino como la única racional, lógica y con-

gruente, la Ponerifobia. Del griego Fobia que significa miedo, y *Poneria* que significa maldad o perversidad.

En Jalisco se ejemplificó algo que, en realidad, es sumamente sabido, es cuantificable en la historia, por eso sé que sí podemos imaginar lo que pasó en esa hacienda: pasó lo peor del ser humano. Y seguirá pasando en otras haciendas, en la inacción del gobierno, en la corrupción, en las guerras, en las cárceles, en las vidas de cada uno de nosotros.

El ser humano es un monstruo, no me queda duda, capaz de imaginar lo más doloroso por el simple placer de disfrutarlo, a costa de la inocencia de otros, por dinero, por sexo, por poder. No hay, en ninguna otra especie, esa capacidad de generar un infierno real, tangible, como el que puedas imaginar viendo esos zapatos apilados en Teuchitlán.



Mirar por la misma ventana tantas veces y ver siempre lo mismo: tengo fobia a los *Best sellers*

ESCORIA MEDINA

En ocasiones, cuando debo escoger un texto para criticar o recomendar me arriesgo a una ruleta rusa donde puedo encontrar un excelente texto o donde de plano todo sale mal. Cuando se cumplen varias características como: libro de más de 500 páginas, éxito en ventas, una película de por medio que, además, fracasó en taquilla y única novela del escritor, todo indica que será una novela tortuosa, larga y de anécdota predecible. Y después de conseguir *La mujer en la ventana* de A. J. Finn en una librería de viejo y terminar odiándola por completo, no queda más que cuestionarme ¿por qué la escogí? Bueno, culpo completamente a Gemini por recomendarme tal atrocidad para poder hablar de fobias en este número.

Ya sea la película o la novela, la sensación de ser estafado es la misma. Como protagonista tenemos a Anna Fox quien padece de agorafobia como consecuencia de un evento traumático y ahora vive recluida en su casa espiando de manera obsesiva a sus vecinos. Obviamente, no sabremos hasta por la mitad de la novela qué fue ese evento traumático que la tiene encerrada en casa. Esa premisa es el tema secundario que se va a ir aclarando capítulo tras capítulo, pero lo que

nos tiene “pegados” a la lectura es lo acontecido con sus nuevos vecinos donde MUY probablemente sucedió un crimen.

El texto nos dirige al muy clásico estilo de la novela psicológica donde tendremos dos vertientes: lo que el protagonista vio o experimentó y podría ser real o lo que el protagonista está alucinando. Se nos presentan dudas, pruebas para que alternemos entre las dos posibilidades hasta concluir en la verdad. Esta receta, ya experimentada por muchos, tiene su chiste, como el mismo acto de escribir. No se puede pensar que al recrear una receta con los mismos ingredientes salga un platillo de la misma calidad de un restaurante 3 estrellas Michelin. Todo depende del chef, y en este caso, es aquí donde la pericia del escritor debe sobresalir de otros del mismo género, pero A. J. Finn sólo tomó elementos de sus películas favoritas de Thriller estadounidense y al mismo estilo de *La ventana indiscreta* de Alfred Hitchcock, sin lograr siquiera una pobre imitación, nos presenta un texto predecible. La novela repite con fidelidad cada ingrediente del best seller contemporáneo: capítulos breves, cliffhangers, una protagonista traumatizada y una revelación final que supuestamente lo cambia todo.

Anna Fox, lejos de lograr que el lector conecte con su dolor termina siendo un conjunto de malas decisiones que en más de una ocasión me hizo cerrar el libro, tomar aire y continuar la lectura o de plano cuestionar: “¿mujer, pues qué esperabas que pasara?” Como psicóloga infantil y que un adolescente la engañara con tanta pericia le da una terrible reputación. Su alcoholismo y su nulo pensamiento lógico es otro elemento que no ayuda a la lectura. No hay un solo elemento para decir, sí, claro, la mujer está en sus cabales y no está alucinando y justo la falta de elementos para dudar es lo que nos hace cuestionarnos justo lo contrario. En pocas palabras: por el bien de la trama, todos los demás deben estar equivocados o esto se va a ir al traste.

El único momento de acierto y que de ninguna manera me lo esperaba es el relacionado con la familia de Anna: el modo en que el autor deja caer esa verdad oculta logra, por un momento, sacudir el andamiaje previsible de la historia y añadir un grado de profundidad emocional genuina. En ese punto, por fin, podemos entender en qué grado Anna se encuentra traumatizada y el dolor emocional que la tiene enclaustrada, pero el escritor decide que también, en ese momento, todos los demás protagonistas decidan que la mujer está loca y no se le puede creer nada de lo que dice.

Cuando Anna reflexiona: No están aquí. No han estado aquí durante mucho tiempo. Todo esto lo he hecho sola , el lector comprende la culpa que la carcome y lo mucho que extraña a su familia, logrando entender un poco del caos mental en que se encuentra el personaje. El autor en ningún momento nos dio pistas para imaginar tal suceso por lo que al descubrirlo sí es una sorpresa que después de analizar los diálogos entre la hija, el esposo y la protagonista, termina siendo una estafa más.

El final se revela y sólo podemos decir “lo sabía”. Claro, tenía que ser el adolescente ¿quién más? Se nos presenta como un alma torturada que no toma postura en ningún momento y quien podría ser el más afectado de las decisiones de todos los adultos a su alrededor. El chico deja ver su verdadero rostro y descubrimos que es un psicópata y que la actitud de sus padres sólo era para proteger a Anna de su adolescente caótico... Ajá... Y entonces una secuencia donde la protagonista debe luchar contra su agorafobia se presenta concluyendo así con la historia y con el villano de la novela. No me queda más que decir que La mujer en la ventana es otro best seller sin mayor relevancia, entretenida para los que nos son fan del género, odiosa para lectores más experimentados, ofreciendo poco o nada de otras tantas novelas de lo mismo. Otra ventana donde volvemos a mirar exactamente lo mismo una y otra vez.



La mujer en la ventana

A.J. Finn

★★★★☆ 3.94

¿Qué es esto o lo he imaginado?

Anna Fox vive sola, recluida en su casa de Nueva York, con alcoholismo y una mente frías (alucinando). Con sus recuerdos fragmentados desde que vino de la guerra, intenta paliar sus alucinações, recordando momentos felices, la respuesta a los sueños.

Estamos en Nueva York después de la guerra, una pareja y la hija, adolescentes. La familia perfecta. Hasta que una noche Anna ve algo. Alguien en la ventana que no debería estar ahí. Todo se desmorona después de una investigación y los secretos se revelan uno a uno.

¿Qué ha visto? ¿Qué ha imaginado? ¿Qué es esto o lo he imaginado? ¿Qué es esto o lo he imaginado? ¿Qué es esto o lo he imaginado?

Una historia psicológica y misteriosa.

Una protagonista obsesiva y muy real.

Un thriller psicológico perfecto para el lector amante de los temas oscuros y la mente fragmentada de los personajes.

Traducción: Mariana Pineda. Edición: Mariana Pineda. Diseño: Mariana Pineda. ISBN: 978-84-161-1111-1.

1.º PREMIO "TINTA DE OBSIDIANA"



NOVELA CORTA DE
TERROR

PUBLICACIÓN DE RESULTADOS
30 DE JULIO DEL 2025



LA ARACNOFOBIA S

GABRIEL NIETO

Parece ser que el género de comedia tiene un desprestigio por sí mismo. Cuando vemos una comedia solemos decir: para ser comedia cumple, cuando de hecho nos la hemos pasado riéndonos durante la cinta. Hay películas que tienen como finalidad divertir, entretener y ya, y cuando cumplen con eso son, en realidad, buenas, pero al no estar basadas en historias conmovedoras o tener actuaciones desgarradoras, entonces decimos “por lo menos hacen reír”.

Este es el caso de *El ataque de las arañas* del 2002 (Eight Legged Freaks). Una película de terror y comedia sobre arañas mutantes que crecieron por un derrame

de desechos tóxicos y atacan un pequeño pueblo minero en Arizona. La pura premisa da a entender que no es una película profunda, su finalidad es sacar un par de risas y entretener, no hay más, y de verdad lo logra.

El director, Ellory Elkayem decide llevar lo absurdo del guion a un punto en el que la misma película no se toma en serio a sí misma, y se agradece. Decide ponerles a las arañas gigantes voces, no como un personaje con diálogos como en *Harry Potter y la cámara de los secretos*, es más al estilo de los Minions de *Mi villano favorito* del 2010, lo que aligera el tono de manera exponencial y te permite disfrutar de las actuaciones justas



SE CURA CON RISAS

de David Arquette, una muy joven Scarlett Johansson, Kari Wuhrer y de Scott Terra como el niño prodigio de las arañas a quien el pueblo entero sigue sin pensar, como si fuera muy normal seguir a un niño de 10 años en un momento de crisis como esa.

El fallo más grande está en los efectos especiales, típicos de la época que envejecieron mal. Pero si somos capaces de hacer el pacto de credibilidad con la película, se logra pasar por alto.

Sí, la película es absurda, pero nadie lo niega, ni el director, ni la producción ni el guion, por esto es perfectamente posible que el arma secreta para vencer a la araña más grande y letal sea un perfume para

caballeros. Es refrescante bajar el ojo crítico y ver con ligereza una propuesta audiovisual. Denle una oportunidad un domingo de flojera, no esperen más que una comedia irónica a la aracnofobia.



DESPIÉRTAME CUANDO PASE EL REGGAETÓN

FLORENCIA FRAPP

Una fobia es un temor fuerte e irracional de algo que representa poco o ningún peligro real¹, tal vez las más comunes o conocidas sean la aracnofobia, la claustrofobia y la agorafobia, sin embargo, existen fobias tan raras como la araquibutirofobia que es el miedo irracional a que la crema de maní (o cualquier sustancia de textura similar) se quede pegada en el paladar. Las fobias surgen de una mala experiencia relacionada con el objeto que la provoca, pero ¿qué tan desagradable puede ser que se quede pegada la crema de maní en el paladar como para

que genere ese nivel de miedo? Y ¿qué tan mala experiencia se debe tener para generar la melofobia (fobia a la música)?

En el manual DSM no está catalogada como tal la melofobia y no existe registro de un caso clínico real, sin embargo, algunas personas sí han experimentado algunos de los síntomas de las fobias con géneros musicales específicos como el jazz. La melofobia podría estar ligada a un problema auditivo-neurológico que produce malestar físico con ciertas canciones o con el volumen de la música más que a algo psicológico como pasa con las demás fobias, dejando esta parte comple-

1 National Library of Medicine. (s. f.). *Fobias*. <https://medlineplus.gov/spanish/phobias.html#:~:text=Una%20fobia%20es%20un%20tipo,Existen%20muchos%20tipos%20de%20fobias>.

tamente racional de lado, ¿cómo podría llegar a generarse una fobia a la música? Me imagino una escena como en Naranja Mecánica en donde se le obliga al protagonista a ver ciertas escenas sin siquiera poder parpadear mientras escuchaba a Beethoven por lo que su música, después de esa experiencia, le provocaba vómitos, pero ¿qué canciones, propiamente dicho, podrían originar algo así?

Sería bastante traumático si a alguien le hicieran algo así, pero en lugar de imágenes con sonidos que lastiman los tímpanos. Según el artículo Frédéric Sounac (dir), *La mélophobie littéraire*² de Roberta Sapino más que miedo irracional, la melofobia es un odio exacerbado a un género musical o una canción en específico.

Como mencioné al principio, existen casos de personas que tienen síntomas reales de fobia con ciertos géneros musicales, en especial con el jazz que, durante la década de 1920, algunas personas se exacerbaron con este “nuevo” estilo de música, pero al parecer es algo recurrente porque, así como hubo una ola de jazzofobia en los 20s después pasó también con el techno según el mismo artículo de Sapino. Dicho artículo es de 2014, lo que me hace pensar que el reggaetón no ha llegado a Francia puesto que en Latinoamérica hay una aversión muy marcada al reggaetón, o lo amas o lo odias y esto no lo menciona Sapino.

Cuando me propusieron hablar de una fobia a la música, en mi ignorancia sentí una profunda tristeza sólo de imaginar que alguien pudiera padecerla, ya que yo no podría vivir sin música. Después de investigar un poco y ver que más que miedo es odio sentí un poco de alivio, sin embargo, seguía pensando en si existe una canción que deteste, encontré dos y luego pensé: reggaetón ¿qué otra cosa puede ser peor? y de inmediato me vino a la mente el primer concierto de la gira “me verás volver” de Soda Stereo y Gustavo Cerati diciendo “despiértame... cuando pase el reggaetón”. Tal vez ya no despertó porque sabía que después del reggaetón vendría el *trap* y que quizás después venga algo mucho peor.

Hace tiempo les pedimos en nuestras redes sociales que nos compartieran esas canciones que tanto odian para hacerles una bonita *playlist*, de ninguna manera esperamos que escuchen esa porquería, aunque si quieren torturar a alguien la pueden usar igual.

2 Sapino, R. (2014, 01 de septiembre). Frédéric Sounac (dir), *La mélophobie littéraire* <https://journals.openedition.org/studifrancesi/2012>



*No todos son villanos queriéndome matar*¹

LEONORA ZEA

Cuando en la reunión de la revista para la elección del siguiente tema, se eligió el tema de las fobias, una canción no dejaba de resonar en mi cabeza... *Hoy tengo miedo de salir otra vez/Tengo miedo de encontrarte como aquella vez/Los nervios me traicionan, me derrota el estrés/ Sé que puedo arrepentirme después...*²

Sin saber por qué, no lograba sacarme aquellos versos de mi cabeza, aunque analizándolo un poco, todo tenía sentido: El grupo se llamaba Fobia y aquella canción se titula “Hoy tengo miedo”, pero para mí, representaba, y aún hoy representa algo más.

Cuando hablamos de fobias, nos referimos a este miedo incontrolable hacia algo, ejemplo hacia las arañas. Cuando alguien con aracnofobia se enfrenta a un insecto de esta especie sin importar el tamaño o la clase de araña, posiblemente se paralizará, empezará a sudar frío, las palpitaciones del corazón se acelerarán sin control y perderá autoridad sobre sus extremidades, las cuales se sentirán en una combinación rara entre rígidas y débiles.

Pues algo así me pasaba en la escuela, sobre todo ante las malditas exposiciones cuando todo el salón me apuntaba con sus miradas juzgonas y las risitas maquiavélicas que sin duda me señalaban. Las miradas y las risas dejaron de ser únicamente

¹ Fobia. (2005). Hoy tengo miedo [Canción]. En Rosa Venus. Sony BMG.

² *Ibid*

en el salón, pasaron al patio, a la salida, a la entrada... no había manera de escapar más que en mi casa.

Como consecuencia de aquel trauma, hoy en día esos síntomas se presentan cuando tengo que enfrentar situaciones que me sacan de mi zona de confort, como lo es el estar en una fiesta o reunión donde tengo que convivir con gente que no conozco.

Parte de mi timidez consiste en hablar en tono bajo, casi como un murmullo, por lo que cuando puedo, sí, cuando puedo decir algo porque en esas situaciones mi mente se queda en negro, y todos vuelven sus miradas hacia mí, las sudoraciones y las palpitaciones me invaden, como un talismán o un amuleto, repito aquellos versos de modo religioso.

Sí, todo me da miedo, sí tengo miedo de salir, tengo miedo de los ojos que me miran, tengo miedo de hablar y me tengo que forzar en recordar que justamente, ellos que me miran quieren saber lo que digo con genuina curiosidad. Ellos no son malos, ellos no me conocen, ¿Por qué querrían lastimarme o burlarse de mí? ¿Por qué me juzgarían? y continúo con mi rezo

*Me digo no seas tonto/ No seas tan escéptico/ No trates de escapar.../ No todos son tan malos, no todo está mal/ No todos son villanos queriéndote matar/ No todo está perdido ni se va a acabar.*³

Con ese rezo en mi mente, trato de calmarme, calmar los pulsos del corazón, tratar de respirar, de volver a tener el control de mis músculos. No todos son tan malos, no todo está mal, no todos son villanos queriéndote matar, pero ellos siguen viéndome fijamente, el tiempo cambia, no existe. ¿Pasaron segundos, minutos, horas? Siento mi mano y mi voz temblar. Trato de repetir la frase sin importancia que dije: tal vez algo sobre un libro o un perro, pero todos me siguen mirando. “Respira, cálmate, nadie te quiere hacer daño”, trato de repetir la frase, pero me trabo, tartamudeo y todo vuelve a empezar.

Todos me siguen mirando, ¿Se están riendo? ¿Por qué no puedo hablar sin trabarme? ¿Por qué me miran? ¿Por qué siguen mirando? Me paralizo, sudo frío ¿Se estarán riendo de mí? Tomo un trago de lo que sea que esté frente a mí. La plática sigue su curso. Nadie se burló, nadie me señaló ni me grabó, pero sigo tensa, quiero salir corriendo.

*No. No todos son tan malos, no todo está mal, no todos son villanos queriéndote matar... No todo está perdido ni se va a acabar.*⁴

La fiesta continúa, yo sigo callada... mejor ser un mueble más a tener que enfrentarme de nuevo a eso... mientras, la canción sigue en mi cabeza.

*Hoy tengo miedo de salir otra vez/ Tengo miedo de encontrarte como aquella vez/ Los nervios me traicionan, me derrota el estrés/ Sé que puedo arrepentirme después*⁵

*Hoy tengo miedo de salirte a buscar/Tengo miedo de poderte encontrar/Tengo miedo de tus ojos/Tengo miedo de hablar/Tengo miedo de quererte besar/Me digo no seas tonto/No seas tan escéptico/No trates de escapar...*⁶

3 *Ibid*
4 *Ibid*
5 *Ibid*
6 *Ibid*



ESTRUENDO

AILEEN BORGHOLS

Rizzle.

No.

Que sea el viento contra la cortina.

Rizzle. Rizzle.

Mi corazón se desboca.

No, es la cortina frotándose contra alguna caja. Tiene que ser la cortina. ¡Por favor!

Rizzle.

Por favor. O dejé una hoja, una nota ondeando con alguna corriente de aire. *Rizzle, rizzle.* El ventilador está prendido, *rizzle*, esa es la corriente, *rizzle, rizzle*; está debajo de la cama. ¿Habré dejado una bolsa en el bote? Abro los ojos en la oscuridad para confirmar que es mi imaginación, el viento. El aire se atora en mi garganta. El estruendo de mi corazón silencia todo, excepto,

Rizzle,

Rizzle,

Rizzle, rizzle, rizzle.

Tengo que prender la luz para confirmar mis sospechas. Tiene que haber un plástico, *rizzle*, que debió volarse del bote de basura, *rizzle*, y continúa arrastrándose, *rizzle, rizzle.* Debe ser eso, *rizzle.* Mi oído me engaña, *rizzle*, seguramente son mis latidos y ya no sé distinguirlos.

Rizzle, rizzle.

Me incorporo, agarro un zapato abandonado mientras protejo mis pies con una zapatilla y una bota, *rizzle*, solo por precaución. *Rizzle*. No necesito defenderme de un plástico, ¿cierto? *Rizzle, rizzle.*

Prendo la luz. Me agacho junto a la cama, *rizzle*, con mi arma lista. Desafortunadamente, ahí está. Tal vez me mira, *rizzle*, avanza en mi dirección velozmente, *rizzle, rizzle*, creyéndome una presa fácil. *Rizzle*. Está tan cerca que solo dejo caer el zapato con toda mi fuerza sin dudarlo, antes de que elija otra ruta y yo pase el resto de la noche en vela. Cruje bajo mi arma como un bálsamo al silencio interrumpido.

Inhalo profundamente, mi corazón ya no está contra mis costillas. Salgo de mi cuarto en busca de escoba y recogedor, con el retumbar de mi zapatilla persiguiéndome por el pasillo. Al regresar, con mis herramientas funerarias, la observo con detenimiento. Tan pequeña, pero tan escandalosa. Casi me río de mí misma, tanto sobresalto por esto. La empujo con la escoba hacia el recogedor, una pata se mueve; ya no es mi problema. Hay silencio. No hay manera de que escape del bote de basura fuera de la casa que será su sepultura.

Con el retorno de la calma, regreso a mi cuarto, apago la luz, me reacomodo entre las sábanas, comienzo a respirar pausadamente. El silencio es acogedor, reconfortante.

Algo se escucha a mis pies. Esta vez estoy segura de su procedencia y origen. Los muebles crujen por los cambios de temperatura, pero interrumpe mi calma. Tronará un par de veces más, no debo preocuparme.

Inhalo y exhalo.

Una y otra vez. Mi corazón retoma su ritmo, mientras la corriente de aire me acaricia y baila entre las cortinas, *rizzle*, arrullándome. El sueño comienza a rondar a las orillas de mi conciencia. Un par de inhalaciones más para invitarlo hacia mí. *Rizzle.*

Los ojos pesados no se inmutan ante el mundo más allá del roce de mi sábana contra mi piel. *Rizzle*. Curioso, jamás me había percatado de ese sonido. Pero es mi sábana, nada de qué preocuparse

Rizzle.



DETRÁS DEL MAQUILLAJE

ANALÍA ROMERO MARTÍN

Rinaldo llevaba los bolsillos cargados de globos coloridos para elaborar con ellos desde perros salchichas hasta conejos orejudos que, entre muecas graciosas, ofertaban a los progenitores que pasaban con sus hijos por la calle.

Los permutaba por algunas monedas que, a su vez, invertía en nuevos globos. También llevaba petardos para vengarse de aquellos que se negaban a comprarlos y en la solapa de su ahuecado saco, una margarita que arrojaba agua a los ojos.

Las madres lo aborrecían pues por culpa de sus intersecciones, jamás llegaban a tiempo a ninguna parte. Sus hijos, en cambio, lo idolatraban y desplegaron extraordinarios berrinches con tal de marcharse con alguna de sus vistosas creaciones.

Rinaldo era más falso que la flor de su solapa. En realidad, no toleraba a los niños (con decirles que ni siquiera había accedido a tener uno propio).

Ya sin maquillaje, si podía, los aplastaba e incluso se atrevía a negarles el saludo a los que llegaban a reconocer al payaso en su rostro lavado.

Por la noche, cansado de ofrecer globos en la peatonal, se sentaba a la mesa para comer lo que su sumisa esposa le había preparado y refunfuñaba acerca de melosos infantes y padres amarretes a quienes ciertas veces, debía perseguir más de un kilómetro para lograr arrancarles una moneda.

Sin embargo, Valentina era diferente a todas las criaturas que sus delineados ojos habían tenido enfrente hasta entonces...

A ella no le interesaban sus globos ni su tramposa margarita. Sólo deseaba huir.

Los payasos la aterraban y ni bien él realizó un intento por aproximarse, se soltó de la mano de su madre y comenzó a correr sin rumbo, atravesando la avenida.

El automóvil clavó sus frenos a tiempo y el episodio quedó en un susto, pero, a pesar de ello, la señora se rehusó a aceptar las desesperadas disculpas del payaso.

—Aléjese de nosotras, mamarracho —le ordenó, abriéndose paso entre el cúmulo de curiosos transeúntes sedientos de tragedia.

—¡Deje de inflar globitos y dedíquese a laborar!

Rinaldo sintió que sus palabras se le incrustaban como astillas de vidrio en el alma y que la flor de su solapa se marchitaba.

Los payasos están condenados a continuar con el *show*, aunque la mirada se les impregne de lágrimas, por lo tanto, se repuso del mal momento prometiéndose a sí mismo mejorar sus creaciones.

Sus globos adquirieron formas maravillosas.

Ahora, vendía perros de todas las razas, dinosaurios y hasta brujas montadas en su escoba. La gente empezó a comentar que se trataba de auténticas obras de arte y no solo los niños querían poseerlas.

También había clientes adultos, razón por la cual, se vio inspirado a incluir mujeres de extravagantes curvas y hombres de enormes genitales que constituían la principal atracción en las despedidas de solteros y bienvenidas de divorciados.

Los globos no le alcanzaban.

Sus manos no daban abasto y Rinaldo ya no necesitaba dibujarse una sonrisa porque amanecía con ella, de lo bien que le iba en el negocio y más pronto de lo que imaginaba, estaba a bordo de su propio automóvil: un modesto escarabajo, color amarillo huevo (acorde a su oficio) en el que iba a un cotillón por provisiones cuando Valentina y su madre surgieron en su camino como un par de polluelos mojados...

San Pedro arrojaba agua a baldes y los bolsillos de Maricarmen ni por milagro alcanzaban a reunir el dinero para regresar en taxi. Rinaldo les ofreció conducirlos a donde se dirigían y la mujer accedió, sin dedicarse un solo segundo a pensarlo.

El hombre se alegró en silencio de que no lo reconocieran y enviando una mirada a los zapatos que colgaban de la mano de la joven madre, con pena le preguntó:

—¿No sirven más?

—Les quedaba poco tiempo de vida y esta lluvia repentina terminó matándolos. Sólo me los quité para evitar resbalar —dijo Maricarmen, resignada.

—¡A mí me encanta chapotear en los charcos! —acotó Valentina con infantil entusiasmo, desde el asiento trasero.

—” Y a mí qué mierda me importa? “pensó Rinaldo, comentando con artificial dulzor: — ah, ¿sí?

—Yo adoro la lluvia, pero para contemplarla a través de la ventana —dijo la mamá.

Los brincos de su hija al compás de la música radial, no dieron lugar a comentario alguno de parte del conductor y extraviando el cálido tono de voz, Maricarmen ordenó con súbito enojo: —¡Basta de saltar, Valentina!

El hombre le prohibió que reprendiera a la pequeña, aunque, interiormente, sintió deseos de asesinarla. Por fortuna, la depositó en su domicilio antes de que la inquieta criatura provocara la destrucción del asiento de atrás y se lo pasó el resto del viaje puteando porque le habían dejado el tapizado con olor a perro mojado.

Tres días después, una vecina chismosa supo facilitarle vida y obra de Maricarmen. El saber que carecía de marido permitió al payaso, disfrazado de hombre, acercarle su obsequio con absoluta tranquilidad...

A pesar de ignorar el número exacto, el pie se deslizó maravillosamente dentro del flamante zapato y la madre de Valentina, sonrojada por la caricia que los ojos de Rinaldo le hacían a sus largas piernas, susurró sentirse como Cenicienta.

La niñita no se demoró en interesarse en saber cuál era el regalo para ella...

“Te traje veneno para gnomos” pensó Rinaldo, mientras la enviaba al automóvil a buscar su caja de chocolates.

Esa tarde, luego de un gran esfuerzo, convenció a su amiga que pasara a retirar a su hija de la guardería una hora más tarde que lo habitual y, con la excusa de ablandar sus zapatos nuevos, la llevó a caminar por la plaza donde sus bocas, inevitablemente, se encontraron en un beso.

—¿No te conozco de otra parte? —preguntó Maricarmen, perdiéndose en sus ojos brillantes.

—Tal vez, me viste en la concesionaria de autos donde trabajo —mintió él.

Ella se rio de su ocurrencia —Por el momento económico que atravieso, apenas podría haberte visto en una bicicletería y creo que exagero...

Los globos con forma de corazón se convirtieron en sus hijos preferidos y las mentiras, en su adicción.

Rinaldo no se las mezquinaba ni a su sumisa esposa ni a su amante y Dios (o el diablo) parecían estar de su lado pues sus planes salían a la perfección.

Con un poco de dinero del cajero, invitó a su diminuta hijastra al parque de diversiones, pero la aparición de aquel payaso echó a perder la tarde y se vieron en la obligación de hacer abandono del gigantesco predio inmediatamente.

Valentina era un manojo de nervios y a su madre no le alcanzaban las palabras para calmarla. Rinaldo le hizo un lugar junto a su pecho, pero la niña le pateó cierto rincón del pantalón y no aceptó una sola caricia proveniente de sus manos. Regresó a los brazos de Maricarmen, quién se disculpó avergonzada.

—Sólo son hombres que pintan su cara y visten ridículamente, mi amor —susurraba Rinaldo, sin rencor visible. La pequeña no le prestaba la más mínima atención y entre sollozos histéricos, exigía ser conducida a su casa.

No aceptó los helados ni las palomitas de maíz que el secreto payaso se desvivía por comprarle y en el camino se durmió, permitiendo que al fin pudieran entablar una conversación con Maricarmen.

Ella aprovechó para contarle que su hija le tenía fobia a aquellos personajes y, nuevamente, pidió perdón por las agresiones gratuitamente recibidas.

—Está bien. Puedo comprender que se trata de una nena muerta de miedo. Lo que no comprendo es su rechazo constante y eso me duele —le confesó con tristeza. —Me duele más que sus puntapiés...

La mujer le dio un beso dulce y solicitó un puñado de tiempo.

—Valentina creció sin saber qué es un padre y a través tuyo, lo irá averiguando. Tenerle paciencia, por favor...

—Espero que no se tarde demasiado porque yo quiero casarme con vos —respondió Rinaldo enamorado, sin terminar de entender lo que escuchaba de sus propios labios. Y aquella noche, no se movió de allí para hacerle el amor, pero Valentina irrumpió en la habitación llorando porque había soñado con payasos...

Valentina consiguió dormirse en medio de los dos. El que no pudo hacerlo fue Rinaldo, quien gastó las horas intentando hallar la manera de quitarse de encima el molesto engendro.

Sin ninguna dificultad, Maricarmen creyó aquella excusa de que sería favorable para fortalecer su relación, el hecho de permanecer con la niña durante su ausencia y se marchó a trabajar rompiendo con la costumbre de enviarla a la guardería.

El hombre se aseguró de que su amante estuviera lo suficientemente distante y con deleite, se internó en el cuarto de baño...

Nunca antes había sentido tanto entusiasmo por lucir su disfraz de payaso: las pinturas bailaban sobre su rostro y la sonrisa dibujada, parecía nacerle en la nuca, la colorada nariz se veía resplandeciente como una manzana deliciosa recién lustrada y los huecos de su saco perdían regocijo a borbotones. ¡Hasta la inodora margarita desprendía fragancia esa mañana y los enormes zapatos amenazaban con salir caminando solos, de la impaciencia! Le hervía la sangre, mientras subía a la habitación indicada...

La bandeja que cargaba el desayuno para la adormecida Valentina, tiritaba entre sus niveos guantes, con satánica emoción.

Mas la niña no alcanzó siquiera a humedecer los labios con el tibio contenido de la taza ni a probar sus tostadas con ruido a hojas secas. Presa del pánico, buscó huir de sus carcajadas que se extendían hacia ella como garras, lo que provocó que rodara escalera abajo.

Rinaldo se cambió de ropa y quitó hasta el último rastro de maquillaje sin prisa alguna, pues tenía la certeza de que tenía todo el día para comprobar, que, en efecto, el pequeño corazón había dejado de latir.



DESPECHO

LEONOR MONTEJO

Si José hubiera aceptado con algo de dignidad cuando Mariana rechazó el anillo que por tantos meses se tardó en poder comprar, nada de eso hubiera pasado.

Si José no hubiera caído presa de la obsesión de espiar a Mariana, no se habría enterado de que ella presumía en las redes sociales su nueva relación. Una burla hacia él, pensó José al ver que Mariana sonreía arriba de algún risco mientras EL OTRO la abrazaba.

Si José hubiera llamado a algún psicólogo en vez de a Eduardo, su mejor amigo, tampoco nada de eso habría pasado.

José, con botella en mano, maldecía una y otra vez a la ingrata, a la desgraciada a la pérfida de Mariana, mientras Lalo, sólo le hacía segunda con algún “Sí, pinches viejas”.

Si Lalo se hubiera apegado a su diálogo, nada de esto habría pasado, pero Lalo, imprudente y aventurero sugirió “pues vamos a escalar, así le das en la madre a la muy puta”.

Si José se hubiera atendido a su cobardía, cómo lo había llamado su papá desde que los doctores lo diagnosticaron con acrofobia, nada de eso hubiera pasado, pero el alcohol y el ego de un hombre herido, no saben de razones.

Si José, aquella mañana le hubiera hecho caso a cada fibra de su cuerpo que le gritaba en forma de ansiedad que ir a aquél “cerrito”, como le decía Lalo, no estaría ahí, inmóvil, sudando, transpirando, imaginando las mil maneras en que podría morir. Muertes lentas, sangrientas y dolorosas.

Si Lalo no hubiera impulsado a José con el recuerdo de Mariana y con la imagen de EL OTRO, yo estaría contando otra historia.

El cómo logró llegar José a la cima fue algo realmente increíble, pero escalar había sido la parte fácil. El vértigo, las náuseas a punto de convertirse en vómito, el corazón apresurado y las manos temblorosas aumentaron cuando los gritos de euforia de Lalo pasaron a ser gritos suplicantes, gritos de ayuda.

Si José hubiera sido un poco más valiente, y hubiera dado un par de pasos más hacia el vértice tal vez ahora estaría festejando en vez de llorar y maldecir, pero su padre, después de todo, siempre había tenido razón, Mariana tenía razón, todos tenían razón: él era un marica, un cobarde, una gallina, una niñita chillona que palidecía que lloraba y se orinaba en los pantalones cada vez que lo obligaban a subirse al sube y baja.

Si José no se hubiera hecho un ovillo, mientras Lalo (su mejor amigo, su salvavidas después de la pelea a golpes con su padre, después de las drogas y el alcohol) maldecía cada vez más, desesperado desde la nada y José se hubiera acercado unos escasos centímetros a la orilla del abismo, tal vez Mariana lo hubiera mirado con otros ojos, tal vez le hubiera suplicado que volvieran, tal vez ahora sí le habría aceptado el anillo, pero José se quedó ahí, acostado, inmóvil, temblando y llorando mientras la voz de Lalo cada vez perdía más fuerza, más ilusión, más esperanzas.

Si José no hubiera caído presa del pánico y hubiera recordado la canción que su madre le cantaba para calmarlo o algunas de las técnicas enseñadas por el montón de psicólogos a los que les había pagado para poder subir a un elevador, tal vez la voz de Lalo no se hubiera perdido entre el sonido del viento y las águilas.

Si José hubiera recordado cuando ganó su primera medalla en *taekwondo*, su primer beso o su primera vez con Lizzi en aquel motel, en vez de ese sube y baja que nunca bajaba y sólo subía, tal vez los otros montañistas no habrían tenido que llamar a los rescatistas.

Si los otros montañistas hubieran hecho caso de la llanta ponchada, y del olvido de uno de sus celulares y no hubieran ido a escalar aquel día, no habrían llamado a los rescatistas y José no los estaría maldiciendo junto con el nombre de Mariana.

Si José hubiera podido quedarse en esa montaña, desolado por su cobardía, habría tenido la muerte que él pensaba se merecía, pero ahí estaba en el funeral de Lalo, bebiendo y maldiciendo, maldiciendo y bebiendo. Enojado, furioso y rabioso. Odiaba a Mariana, si no hubiera sido por ella, si hubiera aceptado el anillo, si no lo hubiera remplazado por ese Otro, nada de eso habría pasado. Odiaba a los montañistas y a los rescatistas, si no lo hubieran encontrado, si lo hubieran dejado morir, no tendría que cargar en su conciencia los gritos y las súplicas de su mejor amigo, ni con el silencio que lo aterrorizó aún más que las alturas.

Si José hubiera aceptado su culpa y su responsabilidad, no habría amenazado a Mariana, si José no se hubiera subido a aquél sube y baja nada de eso habría pasado, pero pasó.



LO QUE HABITA EN LA OSCURIDAD

ALBERTO CABRERA CENTENO

Los gritos de terror de un niño de cinco años resonaron por el pasillo que atravesaba la casa de los Martínez, despertando a todos sus habitantes. Aquel era un sonido al que sus padres no podían hacer oídos sordos, ni siquiera a las tres de la mañana.

Corrieron hacia la habitación del pequeño y al encender la luz se encontraron a Lucas, el menor de sus dos hijos, hecho un ovillo en la esquina de la cama más cercana a la pared. Aún temblaba, con su rostro empapado en lágrimas. Su ropa y las sábanas de la cama estaban cubiertas de orina. Ambos trataron de consolarlo, de entender lo que entre sus balbuceos y sollozos trataba de explicarles. No dejó que apagaran la luz ni aunque su madre decidió pasar la noche con él. “Cualquier cosa menos eso”, pedía.

Después de esa noche, jamás volvió a dormir a oscuras. La sola idea de estar en una habitación sin luz bastaba para aterrar a Lucas.

Al principio su hermano mayor vio en este miedo a la oscuridad una maravillosa oportunidad para unos juegos crueles, aunque a sus ojos, inofensivos; apagar la luz cuando sabía que estaba sólo en el baño, apagar la pequeña lamparita con la que dormía cuando sabía que Lucas ya estaba sumido en un sueño profundo y despertarle para que viera, sumido en la noche, sin luz...

La diversión no duró, no tanto por las regañinas que recibió de sus padres, sino al darse cuenta de lo que aquello le estaba haciendo a su hermano. Era algo que iba más allá de los miedos propios de un niño de cinco años, y era evidente, para todos los miembros de la familia, que había que protegerlo.

Se le pasaría, pensaban todos, y hasta que ese día llegase, no haría daño que durmiera con una pequeña luz en su habitación.

Transcurrieron los años. El pequeño Lucas se había convertido ya en un adolescente, pero el miedo no le abandonaba, persistía como si no hubiera pasado un día desde aquella primera vez en la que manifestó su irracional aversión a la oscuridad. Ya no era algo normal, no se trataba de cosas de niños, era algo con lo que había que acabar, ya que se interponía en su vida.

Nunca pudo quedarse a dormir en casa de alguno de sus amigos, huía de cualquier situación que pudiera hacer que se enfrentara a la oscuridad, ni siquiera iba al cine, por la ausencia casi total de luz en las salas, con la única excepción de aquella que proyectaba las películas en la pantalla. Si seguía así, nunca tendría una vida normal y sus padres no querían para él otra cosa que una vida plena y feliz, de modo que decidieron buscar ayuda profesional.

La terapia no dio con una causa que justificase ese grado de terror, o al menos, “ninguna que fuera lógica”. Si el psicólogo no hubiera hecho esta última aseveración al comunicarle a los Martínez el resultado de sus pesquisas, tal vez hubiera sido mejor. En cambio, esas palabras dieron lugar a una idea que serviría para cortar por lo sano, aunque fuera de manera drástica. Terapia de choque. De nada sirvieron ni las súplicas ni los ruegos de Lucas, que se veía una vez más como un niño aterrorizado ante la sola idea de estar en una habitación sin luz. “Es por tu bien”, le dijeron sus padres al deshacerse de la lámpara que había sido su compañera cada noche de los últimos años. Sus llantos comenzaron cuando su padre retiró la bombilla de la lámpara del techo.

Se le privaría de toda fuente de luz durante toda una noche, y al amanecer vería que no había nada que temer, que en su habitación no había nada que pudiera hacerle daño, y el que no pudiera ver lo que había a su alrededor no cambiaba ese hecho.

Pero cuando la luz se desvanecía, él veía perfectamente lo que habitaba en la oscuridad, lo que surgía al caer la noche, lo que se escondía en los rincones a los que la luz nunca llegaba.

Sus padres cerraron la puerta desde fuera de su habitación. Ni siquiera a través de la ventana que daba al patio interior de su edificio entraba luz alguna. Era una noche sin luna, y en la oscuridad que dominaba su cuarto pudo verlo una vez más, tan nítido como la primera vez: un horror que nunca fue capaz de describir, para el que no había palabras, algo que jamás pudo explicar. Sus ojos lo contemplaban una vez más y el miedo se adueñó de su ser, dando pie al llanto, haciendo temblar todo su cuerpo. Y fue al ver su reacción que el ente se dio cuenta de que Lucas percibía su presencia, que lo veía con claridad y aquello lo hizo feliz. Hacía tiempo que no tenía un juguete.

Pasó horas jugando con él, dando rienda suelta a todos los horrores que su mente ajena a este mundo podía concebir, mientras que los gritos que para él eran fuente de regocijo caían en oídos sordos para unos padres que al intentar ayudar a su hijo le habían condenado de por vida.

Para cuando sus padres, incapaces de soportar por un segundo más los alaridos de su hijo, fueron a su auxilio, ya era demasiado tarde. Lucas yacía en el suelo, con los ojos abiertos de par en par, convulsionando con su boca entreabierta de la que ya no saldría sonido alguno, y en este lamentable estado, pasó Lucas el resto de sus días.

Ahora Lucas tiene una habitación de blanco prístino en la que jamás se apaga la luz.



FORMICIDAE

(UN CONJUNTO ORDENADO DE SOLDADOS)

DANIEL GREENE

Nunca habríamos imaginado los misiles, las bombas y los drones en nuestra capital. Para mí, esas eran tragedias de otras culturas, horrores a un océano de distancia. Pero acusaron al gobierno de fomentar el terrorismo y a las amenazas le siguió la invasión. Se cerraron las fronteras. Nuestro ejército diminuto pasó de ser una formalidad de días feriados a una presencia perenne: escuadrones que marchaban como hormigas de uniforme café, camiones llenos de jovencitos recién reclutados con sonrisas inocentes en el rostro. Los ataques se enfocan en el centro de la ciudad, pero todos los distritos acatan el toque de queda. Muchos negocios han cerrado. A los pocos oficinistas que aún tenemos empleo se nos solicitó trabajar desde casa para disminuir el tráfico en zonas vulnerables del país. Por todos lados hay teorías de conspiración y, por mucho que mi terapeuta me dice que no debo dejarme llevar por la paranoia, en cada noticia hay alimento para mi ansiedad. Cada avión que surca el cielo, cada alerta en el celular o sirena en la lejanía me trae imaginaciones de muerte. Me refugio en mi habitación y sobrevivo tres semanas sin salir a la calle.

El lunes de la semana cuatro reúno el valor para abrir las persianas, me pongo el pantalón y guardo mi celular en el bolsillo. La calle me acoge en su anormal silencio, cada mañana que abrí los ojos con el tráfico como despertador se vuelve más y más una memoria. Empiezo a caminar. Con tantas tiendas cerradas, lo que antes

era una vuelta fugaz por comida y medicinas se ha vuelto una excursión de varias horas. Las filas para entrar al único supermercado abierto de la delegación le dan la vuelta a la calle. Canjeo los cupones por dos kilos de arroz, diez latas de atún, agua y café. Cualquier otra cosa está a un precio prohibitivo y no hay mucho en los anaqueles, de todos modos. En la farmacia tardo una hora más. Cuando acabo las compras ya es de medio día, el sol invernal me quema la nuca. Esperando en el cruce, escucho un estallido a mis espaldas, tan cerca que mis huesos vibran. Echo a correr. No puedo detenerme. Había escuchado en las noticias que los ataques suelen ser a media noche pero nada les impide atacar cuando quieran. No hay semáforo que valga en mi pánico absoluto. Me tropiezo con la esquina de una acera y en un instante ya estoy de pie, corriendo aún. Se me acaba el aliento a una cuadra de mi casa y tengo que parar. Entonces me doy cuenta que nadie más corre: una mujer que pasea a su perro frente al condominio me observa con gran preocupación. Me pregunta si estoy bien, pero yo solo camino a mi apartamento, empapado en sudor.

Entrando a casa noto por fin que he soltado todo: los medicamentos, la despensa. Solo traigo el celular en mi bolsillo. También me he hecho unos raspones, pero nada fuera de lo normal. Cuando me acerco a la ventana, no puedo ver humaredas ni edificios incendiándose. Muy a lo lejos, unos soldados avanzan en fila india: pequeños puntos color café que rondan por la calle principal.

Los músculos empiezan a dolerme por la tensión. Tengo las manos apretadas, las heridas me hormiguean. Nada especial, supongo. De todas formas, me doy una ducha y, de inmediato, caigo como muerto en la cama. En el limbo de la inconsciencia, siento algo moverse por mis muslos: millones de patitas marchan por su interior, trazando una ruta hacia arriba. Me despierto de sobresalto y me pongo a leer las noticias para sacarme la ansiedad de la cabeza. Un bombardeo del otro lado del país. Empezarán los cortes de luz obligatorios en un par de días después de fallas en la red eléctrica que suponen producto del sabotaje. “Todos deben cumplir con su deber ciudadano y usar la corriente solo si lo necesitan”. Alguien en las redes sociales supone que el agua será lo próximo a racionar. Mi terapeuta me pidió no leer mucho las noticias, pero no puedo evitarlo si se trata de mi seguridad. Voy a poner la cafetera y mi habitación se sacude de pronto, pero no es el rítmico vaivén de un temblor. Un tráiler debió haber pasado por la avenida, así como un transformador defectuoso pudo haber causado la explosión de la mañana; por muchas justificaciones que me saco de la cabeza, no dejo de temblar. Me vuelvo un capullo con la manta y cierro los ojos.

Sueño que corro por túneles de carne, que soy uno y miles a la vez. Todos nosotros, que son yo, nos abrimos paso por un tejido tenso, caliente, que nos aprieta, que amenaza con aplastarnos. Mordemos, chillamos, algunos se quedan atrás. Nos comunicamos a nuestra manera. Los más fuertes exploran la superficie y entonces comprendo que nos encontrábamos en búsqueda de algún tesoro lejano e indescifrable, algo más allá de este calor y este latido primario, tan en el fondo. La cueva orgánica que exploramos a veces se llena de sabor a metal, se inunda y nos ahoga. Pero seguimos adelante, mascando y mordiendo con nuestras quijadas monstruosas. La oscuridad a nuestro alrededor se ilumina de naranja y rosado. Me deslumbra el exterior, mi cuerpo se llena de oxígeno y, por un instante, soy libre.

Abro los ojos y el reloj marca las diez. Una comezón en mi muslo me agobia y empiezo a rascar, a darme golpecitos, a frotarme con la palma. Quiero dormir, pero la comezón no me lo permite, así que enciendo la luz y me observo el muslo: un sendero color rojo baja de mi pierna hasta mi pantorrilla, contrasta por su intensidad con las marcas hechas por mis uñas. Cuando volteo para tomar el celular, nada mejor que el internet para los remedios caseros, capto por el rabillo del ojo una diminuta mancha negra que brota de mi piel. Me olvido del teléfono y trato de ubicar la mancha, pero ya no está allí. Movimiento en el muro me llama la atención: una hormiga café baja hacia el suelo. Sus patas se mueven con la cadencia del latido en mi ensoñación, al mismo ritmo que el hormigueo que sentí en mi muslo antes del baño. Me lanzo contra la pared y aplasto el cuerpecito bajo mi pulgar, pero las marcas rojas y la sensación de hormigueo siguen allí. Ahora más que antes percibo el hervor de la colonia bajo mi piel, inalcanzable; se abre paso en mi interior, creando túneles. Tal vez, mi respiración rompe sus esqueletos, desperdigando por doquier sus vísceras de bicho. El estómago me da un vuelco. Resulta diferente mirar casos así en un documental: enfermedades, delirios, parásitos. No quiero llenarme de úlceras, que me devoren por dentro o me hagan explotar, como en las películas; si alguna larva se asoma, no tengo auto para conducir al hospital. Suspendieron el transporte público. El número de emergencia está atendiendo a víctimas de bombas y disparos. La comezón continúa.

Por mi mente pasan un sinfín de soluciones: raspar la piel hasta encontrar la colonia, hundir mi pierna en alcohol. Camino a la cocina por hielo y el muslo se me adormece, pero la ansiedad sigue. De nuevo en internet, leo testimonios escalofriantes de personas que descubren gusanos en su piel, de un ruso que alucina sentir una cámara en sus córneas. Afuera se oye un grito, pero no hay disparos, no hay explosión. En el silencio de la noche me lamento de haber soltado mis bolsas en la mañana, los ansiolíticos me ayudan a no pensar. Volteo hacia el reloj, diez cincuenta, apenas. Me cubro con la manta y trato de dormir, pero la noche se me va en la mitad inconsciente: soy yo, pero también soy muchos, soy el hormiguero dentro mío. Nos apiñamos contra la piel mientras algunos otros mastican hacia el tórax, marchan ordenados por la trinchera. Mi consciencia dividida comprende entonces que estoy buscando mis ansiolíticos o algún lugar donde comprarlos. Pero en la maraña de túneles no hay farmacias, tenemos que cavar, arriesgarnos al exterior. Nuestras mandíbulas cavan, hacen de tijera y cuchillo hasta bañarse con la luz matinal. Caminamos un poco por una serie de montañas que respiran y, al mirar hacia atrás, observamos piel humana destruida con agujeros. Mi piel, destruida. Un baño de dolor me devuelve a la realidad, en el muslo tengo un hoyo diminuto, como del tamaño de una hormiga; olvidé poner la alarma. Son casi las once. Con las uñas ensangrentadas enciendo mi computadora para hacer el trabajo del día. No estoy seguro cómo opera esto del trabajo con los cortes a la electricidad. Una llamada telefónica más tarde, mi jefe me indica que ‘solo’ debo hacer más trabajo en menos tiempo, ajustarme a los horarios. Lo logro ese día, al siguiente, al siguiente. Aprendo a teclear con una sola mano porque con la otra no dejo de rascarme.

Las noticias hablan de explosiones cada vez más cerca. Han cerrado el lugar donde compro la comida, soldados marchan frente a los apartamentos: decenas de pasos con un ritmo familiar. Es viernes cuando noto que el hormigueo se ha transformado

en un dolor sordo, un sangrado leve pero constante que todas las mañanas se mezcla con pus. El agujero se ha convertido en una zanja por la que las hormigas pueden brotar fácilmente, no he vuelto a ver alguna desde aquella ocasión. En los documentales vi tantas veces la cabeza de un gusano asomarse por el agujero y pienso que pronto será mi turno, saldrán por mi piel y nadie lo sabrá; van a encontrarme hecho un hormiguero vivo, túneles orgánicos en una madriguera que ha perdido la razón. Ya es costumbre usar pinzas, ponerme a cavar, exponer la carne y que no sea suficiente. No veo túneles, ni insectos, ni colonias. Entonces, cavo más. El sábado, un vaso sanguíneo revienta, manchando mi muslo de rojo. Se revienta un segundo y la sangre brota, brota, pero no veo más que carne, grasa, nervio. En el fondo, un estallido, por primera vez se escucha la alarma antiaérea de mi vecindario, pero en vez de ir al refugio, continúo rascando. Puedo sentirlo, está tan cerca. Puedo sentir la colonia. Rasgo la piel con las pinzas, aparto una vena que se rompe, pero yo estoy tan obsesionado que ignoro el dolor. Cae polvo desde el techo, las ventanas se rompen y justo en ese instante siento un guijarro que se me atora en la uña. Debo trapear, lavar la manta, correr al refugio y llamar a emergencias. Sigo inmóvil, hurgando en mí. Al acercarme a la luz, veo gente correr. El guijarro en mi uña cae al piso y todo se vuelve oscuro. Solo siento el calor, el regusto del metal, y decenas de pies que marchan, marchan, marchan.



LUZ NEGRA

VICTOR D. MANZO QZEDA

Hay algo inquietante en las lámparas apagadas. En las habitaciones donde el sol queda bloqueado por cortinas gruesas y el aire apesta a electricidad estancada en cables calientes, es como si el mundo se hubiera olvidado de su existencia. Lo que nadie te dice —lo que nadie puede decirte, porque no hay palabras lo suficientemente precisas para describirlo— es que la oscuridad no es lo opuesto a la luz. La oscuridad es lo que queda cuando decides no mirar.

Y yo decidí, hace mucho, no mirar.

El apartamento era un mausoleo de objetos invisibles. Las sillas y mesas estaban exactamente donde siempre habían estado, porque moverlas implicaría que tendrían que ser vistas, y verlas significaría admitir su existencia. La cocina era funcional, pero estaba muerta: los electrodomésticos permanecían desconectados, las superficies limpias, pero sin uso, como si hubieran perdido su propósito. En el dormitorio, las cortinas ultra gruesas transformaban el amanecer en un rumor lejano. Dormía con los ojos abiertos. O eso creo. Es difícil saberlo cuando abrir o cerrar los ojos se siente igual, como si ambas opciones fueran gestos inútiles contra un enemigo omnipresente.

La gente asumía que estaba ciego, lo cual era conveniente. Ser ciego es una explicación. Una categoría que la gente entiende. Lo que no entienden es que decidí no mirar porque padezco “Optofobia severa”.

La primera vez que fingí ser ciego fue en una cafetería. Las luces demasiado blancas y las mesas pequeñas eran una tortura ansiosa de mirar. La luz reflejada en el mostrador de mármol me golpeó con tal fuerza que tuve que cerrar los ojos. Cuando llegó mi turno, los mantuve cerrados.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó la chica del mostrador.

—No, gracias.

Ella pensó que no podía ver. Y en lugar de corregirla, simplemente asentí.

El truco funcionó mejor de lo esperado. La gente comenzó a darme espacio. Los extraños ofrecían ayuda para cruzar la calle, los conductores de autobús me hablaban con voces amables, los vecinos que antes no mostraban interés alguno cargaban mis bolsas de compras.

Lo que nadie sabía era que no estaba ciego. Lo que necesitaba era que el mundo dejara de empujarme a mirarlo, pues mirarlo con todas sus imperfecciones y aberraciones no solo me produce una ansiedad insoportable, sino que me produce pánico.

Hay algo en la luz que me asfixia. No es solo que sea brillante, aunque eso ya es bastante malo. Es que ilumina las cosas de una manera que las hace insoportablemente reales, burdas, peligrosas. Los objetos tienen un peso, pero no el tipo que puedes medir con una balanza. Es un peso existencial que tira de tus ojos hacia ellos y te obliga a reconocerlos.

—Eso no es real —dijo mi terapeuta, un hombre con gafas redondas que parecía un personaje de Dickens.

—¿Qué no es real? —pregunté.

— Que el mundo te quiere matar. Es tu percepción.

—¿Y qué es la percepción si no es realidad?

No respondió. Dejé de ir al terapeuta después de eso. No porque no quisiera ayuda, sino porque en su oficina, podía percibirlo, las lámparas parecían inclinarse hacia mí, como si estuvieran esperando que las mirara para asesinarme.

La última vez que intenté vivir como una persona normal fue hace dos años. Salí con las gafas de sol más oscuras que encontré y caminé hasta el parque. Me senté en un banco, tratando de ignorar el sol, las sombras de los árboles y las personas corriendo con sus botellas de agua. Abrí los ojos por un momento, solo un momento, y fue como si el mundo entero hubiera estado esperando ese instante. La luz se precipitó hacia mí como una inundación, arrasando todo a su paso. Las hojas de los árboles parecían cuchillos de carnicero, y el cielo azul se extendía sobre mí como una cesárea abierta.

Cerré los ojos y no los volví a abrir. Algunos días me pregunto si estoy muerto. No en el sentido literal, claro, porque todavía respiro y como. Si no en un sentido más profundo. La vida es algo que experimentas a través de los ojos, y si decides no mirar, tal vez dejas de estar realmente vivo. Es un pensamiento que trato de evitar, pero siempre vuelve, especialmente por la noche, cuando el apartamento está en silencio.

Esa noche, después de que el vecino tocó la puerta para ofrecerme ayuda con las compras, después de rechazarlo cortésmente, me senté en el sofá. No encendí las luces. No hacía falta. Las cosas estaban donde siempre, pero algo estaba mal. Lo sentí primero como una presión en el pecho, una opresión que me recordaba los días antes de que esto comenzara.

El silencio ya no era el usual, ese vacío al que me había acostumbrado. Este silencio era pesado, cargado de una energía que no podía identificar. Me levanté, sintiendo el suelo frío bajo mis pies, y caminé hacia la cocina. La electricidad del aire parecía seguirme. No estaba viendo nada, pero la sensación de ser observado era tan intensa que mi corazón comenzó a latir más rápido.

Abrí el grifo para buscar agua, pero nada salió. Giré la otra llave, pero seguía sin salir. El sonido que rompió el silencio no vino del grifo. Fue un golpe. Un único, seco y definitivo golpe, como si algo pesado, quizás el televisor hubiera caído en el dormitorio.

Me congelé. El golpe no se repitió, pero el ambiente se volvió más denso, como si algo estuviera esperando. Por un momento, pensé en salir del apartamento y pedir ayuda, pero abrir la puerta significaba exponerme al exterior. Afuera habría cosas que igualmente eran amenazantes.

Fui al dormitorio. Mi respiración era irregular. No encendí la luz. No la necesitaba. La cama estaba donde debía estar, el armario también. Todo estaba igual, pero algo se había movido.

Algo estaba ahí. No podía verlo, pero lo sabía. Lo sabía de la misma manera en que sabes que un vaso de vidrio está a punto de caer de la mesa. No era una sensación lógica. Era instinto puro, primitivo.

Retrocedí hasta la pared, buscando el interruptor de la lámpara. Cuando mis dedos finalmente lo encontraron, lo encendí, y la luz llenó la habitación de inmediato. Con pánico abrí los ojos y nada. No había nada allí. Pero la sensación no desapareció.

Los ojos me comenzaron a arder, no por la luz, sino porque me di cuenta de que había cometido un error. Había mirado. Había permitido que la luz iluminara las cosas, las definiera, las hiciera reales. Y al hacerlo, había invitado al mundo a invadirme de nuevo.

De repente, las paredes parecían más cercanas, como si el espacio se estuviera contrayendo. El oxígeno era más soporífero, más grasiento, y cada respiración era una lucha. Salí del dormitorio, casi tropezando con el marco de la puerta, y corrí al baño. Cerré la puerta detrás de mí, dejándome caer contra ella, con los ojos cerrados y las manos temblando.

El silencio regresó, pero no el habitual. Éste era peor. En algún momento, abrí los ojos. Solo un poco. Lo suficiente para ver el suelo, mis piernas dobladas, las baldosas frías bajo mis pies. Y entonces lo vi. No algo. No a alguien.

Lo que vi fue mi propio inframundo. Una creación personal que había estado esperando, acechando, acumulando toda su energía para este momento. No era una presencia tangible, pero estaba ahí, en cada rincón de mi visión. Era el peso de todo lo que había evitado mirar.

El agua del grifo comenzó a correr sola. El sonido del agua llenó el baño, pero no lo suficiente para ahogar el latido de mi corazón. Traté de cerrar los ojos, pero no podía. Era como si mis párpados estuvieran engrapados, forzados a seguir abiertos, forzados a mirar.

Y lo que vi no era nada. Y lo que vi era todo.

El mundo estaba ahí, en toda su intensidad, en toda su luz. No podía escapar de él. Mi cuerpo no se movió. Mi mente no pudo reaccionar. Sabía que, al final, la luz no solo ilumina. También quema, también mata, es blanca y es negra como la muerte.



ÚLTIMA CENA

LEONORA ZEA

Por fin la noche cayó y las luces se apagaron.

Ella duerme plácidamente, mientras observo su camisón blanco, su piel pálida y su cabello oscuro. Mis ojos recorren su hermoso cuerpo, sus muslos, sus pequeños pechos, su cintura.

No sé cuánto tiempo llevo observándola, se me ha hecho costumbre deslizarme sobre ella mientras, inocente, duerme sin saber cuánto la deseo. Un pequeño roce sobre ese delicioso cuerpo juvenil. A veces siente mi tacto y entre sueños gime. Me quedo inmóvil hasta que ella se vuelve a acomodar.

No quiero imaginarme lo que pasaría si ella despertara. Mamá me lo advirtió antes de morir. Que no te vean o gritarán y será tu fin. Trato de seguir sus enseñanzas, pero ella me hace perder la cordura y cualquier instinto de sobrevivencia que haya en mí.

Sé que empiezan a sospechar de mi presencia, por eso hoy he decidido esperar un poco más. Escuché al padre decir que deberían de decirle algo. Su madre no estuvo de acuerdo, ella cree que es mejor mantenerla en la ignorancia. La hermana mayor ofreció quedarse a dormir con ella, pero saben que todo es en vano.

Su cuerpo, su sangre, su olor tiene algo que me enloquece, mamá diría que me alejara de ella, pero no puedo. Me volví adicto a ella, a su olor, a su sabor y a la adrenalina que siento al tocar su piel.

“Cuídame amá” pedí cuando su familia me buscó por todos lados, pero soy inteligente y sigiloso. Escojo bien mis escondites y a mis víctimas, por eso yo sigo vivo y ellos no, pero esa es otra historia.

Salgo con cuidado de mi escondite. Otra vez la dejaron sola. Vi como la mamá le ponía un polvo blanco en su té a escondidas del padre. No tardó en dormirse, aunque la discusión de abajo se escucha hasta el cuarto.

—¡Hay que decirle! ¡Ella debe saber!

—Sabes que no lo soportará... ¿Recuerdas la última vez? ¿Quieres hacerla pasar de nuevo por todo eso?

—Ella ha mejorado, las terapias le han funcionado... ¿o acaso todo ha sido dinero tirado a la basura?

Sí, sigan discutiendo, pienso con alegría. ¡Ella es mía, mía! pienso mientras la acaricio por debajo del camión. Tengo hambre, tanta hambre... no puedo contenerme, pero no me apresuro, tomo mi tiempo, ella es un delicioso manjar, no comida chatarra. Me pongo a la altura de sus ojos, apenas se mueve... no sé qué le dio su mamá, pero ha funcionado. Recorro lentamente su cuello, sus senos, su abdomen y su entrepierna... Ella gime, da unos manotazos al aire, me muevo rápido, no puede saber que estoy ahí. Se duerme boca abajo.

Mamá me ha escuchado, me ha dejado lo mejor para hoy. Esos ricos y deliciosos glúteos, su espalda suave. Nunca la había tocado ahí. Tomo mi tiempo. Estoy listo. Ella se mueve violentamente, creo que me sintió.

Me quedo en el piso. Me mira desde su cama. Espero el grito desesperado para salir corriendo, pero solo me mira. No puede hablar, siento desde ahí, cómo su corazón se acelera. Sin pestañear empieza a llorar. Si pudiera, yo también lloraría. No quiero morir, no así sin una última cena.

La hermana ha entrado en la habitación y al verla así, inmóvil ha prendido la luz y sigue la mirada hasta mí.

—¡Mamá, papá! ¡La encontré! ¡Vengan rápido!

La persecución empieza. Corro por mi vida mientras ella sigue en estado de shock.

La hermana trata de pisarme con desesperación, pero le llevo un par de ojos y de patas de ventaja. Me escondo bajo la cama. Tengo que pensar y rápido. Es cuestión de segundos antes de que me rocíen con veneno.

—Mamááááá— grito. No quiero morir.

—Mamááááá— logra gritar ella.

Me han acorralado. Las historias que contaba mamá sobre esos monstruos son verdad. Matan sin piedad. Ahora entiendo a Jerry cuando al ver a uno de esos monstruos entraba en pánico. Fobia le llamaba mamá.

—Perdón, Jerry, por no haberte creído, perdón amá, por dejarme matar.



FONO

CARLOS ENRIQUE SALDÍVAR

Gina era una muchacha encantadora. La conocí porque era muy amigo de sus padres. Las cosas que ella escribía eran excelentes: poemas, ensayos, cuentos de amor y fantasía que siempre tenían un desenlace feliz, a pesar de que en dichas historias siempre había monstruos que al final nunca lograban destruir a los protagonistas. Uno de aquellos relatos me impresionó sobremanera, era una narración sobre una chica que se miraba al espejo y era atacada por su reflejo, el cual le decía cosas horribles; la heroína se tapaba los oídos, luego se quitaba la audición y, sorda, enfrentaba a su enemiga.

Gina era fabulosa. Por eso lamenté su temprana muerte, a los diecisiete años.

Nadie pudo explicar qué la había conducido al suicidio.

La policía indagó; como yo era cercano a la familia, participé en la investigación.

Pensamos por un momento que, quizá, la particularidad de la chiquilla le había generado una terrible depresión, de esas de las que es difícil escapar.

Gina no hablaba. No porque fuera muda. No hablaba porque no quería, o porque no podía; el caso es que su facultad de expresarse con palabras aún seguía con ella.

Sus padres la llevaron con médicos, psicólogos y psiquiatras. Uno de los doctores había revelado que ella sufría de fonofobia. Ella guardaba silencio desde que tenía cuatro años, cuando su mascota, un perrito, fue salvajemente asesinado por alguien que ingresó a su patio por la puerta trasera de su casa.

Días después del deceso de Gina, su madre recordaba, llorando, el macabro hecho. Su padre me miraba con pena, y mencionaba:

«Nunca olvidamos lo que ocurrió ese día, no la culpo por silenciarse, no imagino lo que mi niña vivió».

Una semana después de la tragedia, una vecina contó que había visto a Gina en la calle, hablando consigo misma. No supo más, pues en ese momento, la joven-cita entró a su casa (que se hallaba vacía), cogió un cuchillo, se dirigió a su cuarto y se infringió todo tipo de cortes hasta morir desangrada. Sus papás la encontraron cuando apenas acababa de fallecer. Era extraño. Gina no hablaba. La vecina dijo que le había oído mencionar estas frases: «Hazlo, no tienes opción. ¡Hazlo!».

Creo entender la decisión de sus padres de enterrarla sin sus cuerdas vocales.



SÓLO ES UNA TORMENTA

IVÁN ARAGÓN MUÑIZ

Sé muy bien lo que todos pensabais de mí. Que tengo un problema justo aquí arriba, en la sesera. Bueno, reconozco que el haber dedicado tanto tiempo, esfuerzo y dinero en la construcción de este búnker debió parecer, como mínimo, una excentricidad. Más raro aún cuando la causa inicial no era otra que protegerme de las tormentas. Lo entiendo, de verdad, incluso hubo varios días durante el proceso en los que hasta yo mismo cuestionaba mi propia cordura... “¿Qué carajos estoy haciendo aquí, cavando un agujero bajo los cimientos de mi casa?” “¿Es que mi propio hogar no es refugio suficiente para salvaguardarme de los relámpagos?” Me solía decir a mí mismo entre otros murmullos y balbuceos inteligibles, los típicos de un loco como algunos señalasteis. Pero, aun así, fuerzas mucho mayores que mi propia voluntad me empujaron a continuar con esta delirante empresa hasta acabarla por fin. Me espoleaba a seguir siempre un insidioso y constante sentimiento de urgencia, el cual me hizo descuidar otras cuestiones de mi vida como mi trabajo; mi salud física y mental; mis pocas amistades y, lo más importante de todo, mi familia, mi mujer y mis dos hijos, hasta el punto de perderlo prácticamente todo. Sí, ya... no faltaron aquellos de vosotros que me recomendaron acudir a médicos y terapeutas. Y en su día lo hice, pero no hubo manera de que alguien me ayudara a erradicar de mi espíritu este miedo irracional a los truenos. Quienes no deducían una fobia infantil que no fue tratada debidamente en su día, eran aquellos quienes aseguraban que

mi miedo era, en realidad, un mecanismo de defensa de mi propio cerebro, creado con la misión de evitarme afrontar algún tipo de trauma o sentimiento de culpa, posiblemente fruto de la trágica muerte de mi padre cuando yo solo tenía diez años.

Ninguno se acercó a la verdad, ni de lejos. Nadie, ni siquiera yo mismo, supo encontrar el propósito de mi miedo en particular, pero lo había... ¡Vaya si lo había! Y cuando al fin se me reveló por qué en un sueño donde hablé con mi difunto padre bajo una tormenta... fue cuando comencé a cavar.

Al principio lo hice con cierta discreción, no le conté nada a nadie de mis planes, ni siquiera a la familia. Era muy consciente de que esto parecía más bien una auténtica locura, pero no me sentía capaz de detenerme o hacer que me detuvieran. Así pues, con la excusa de que quería reformar el sótano y asegurar los cimientos de la casa, empecé a trabajar por las tardes en mi proyecto. Como mi mujer no solía bajar salvo para hacer la colada, trasladé la lavadora y la secadora en un improvisado cuarto lavadero para no tenerla husmeando en lo que hacía; y a mis hijos les daba miedo la oscuridad y los ruidos del sótano por lo que tampoco me molestaron. Cada día me iba a trabajar, volvía a casa, cavaba en el sótano y al terminar subía y cerraba la puerta con llave. Simple. Pero más tarde la cosa empezó a complicarse. Aquel sentimiento de urgencia se intensificó y me obligó a cogerme una temporada de excedencia en el trabajo para así poder dedicarle más tiempo a la obra. Luego, empecé a faltar a muchos compromisos con mis amistades y mi familia, tales como cumpleaños, partidos de fútbol de mis hijos, reuniones familiares, cenas con mi mujer, fiestas con los amigos y salidas con los compañeros de trabajo, reduciendo mi vida poco a poco a un único propósito. Y claro, un día, mientras yo me fui a comprar unos materiales, mi mujer, harta de mis evasivas cada vez que me preguntaba por la obra, aprovechó para llamar a un cerrajero y entrar en el sótano. Por entonces, el búnker ya tenía aspecto de búnker, solo faltaba algo de mobiliario, una instalación eléctrica independiente de la casa, provisiones, una puerta blindada y poco más. Esperó a mi regreso y exigió explicaciones.

Al igual que vosotros, ella pensó que me había vuelto loco y ninguno de mis argumentos fue suficiente para convencerla de lo contrario. Descubrir el búnker fue sólo el principio. A partir de aquello salieron a la luz muchos desengaños, como que me habían despedido del trabajo por sobrepasar el tiempo de aquella excedencia; que le debía dinero a mucha gente, algunos de los cuales eran personas de pésima reputación, ya que nos habíamos arruinado... y muchas cosas más que ahora mismo no cabe mencionarlas, simplemente, baste decir que, para ella, necesitábamos darnos un tiempo. El principio del fin de nuestra relación. A pesar de todos mis ruegos, se fue con mis hijos a casa de los abuelos, nada menos que en la otra punta del país. Mientras ella se aclaraba las ideas de cómo afrontaría lo nuestro, yo me dediqué a rematar de una maldita vez la construcción.

Me vienen recuerdos ahora de las veces que los relámpagos me aterraban. “Solo es una tormenta, hijo”, recuerdo decir a mi madre, toda preocupada, mientras yo chillaba histérico en la cama donde me había orinado encima a mis trece años. “Solo es una tormenta, imbécil”, dijeron mis compañeros de instituto, mientras yo me abrazaba las rodillas en un rincón del aula de gimnasia. “Pero solo es una tormenta, señor” me dijo una vez el guardia de seguridad de la empresa cuando vio que me

negaba a salir del edificio. Y por supuesto, “solo es una tormenta, papá...” ni siquiera mis retoños compartían mi terror a la furia de los cielos. Y una parte de mí os daba la razón a todos, estaba loco.

Pero ¿ahora qué? ¿Eh?

Ahora, la tormenta que he estado esperando toda mi vida ha llegado por fin. Lo sabéis incluso mejor que yo, o eso deduzco al juzgar vuestros gritos. Sí, sí... os oigo a través de la puerta que intentáis derribar a golpes. No lo conseguiréis, por cierto, no reparé en gastos en su blindaje. Creo que hice bastante mal al haber colgado aquel video en Internet enseñando mi obra. Lo siento, es que me aburría mientras esperaba este día y no fui consciente que ahora os daría falsas esperanzas de que podéis salvaros viniendo hasta aquí. Lo siento... lo siento por mi familia, por mi madre que está demasiado mayor para venir hasta aquí sin ayuda, y es que todo fue tan repentino que no he tenido tiempo para ir a recogerla del asilo; lo siento también por mi mujer y mis hijos, llevo horas intentando contactar con ellos, rezo por que se hayan buscado un refugio similar allá donde estén. Y lo siento por vosotros, me tortura en el alma escuchar vuestras súplicas y amenazas, pero, ¿quién iba a decir que lo que temía con tanto pavor no eran los relámpagos sino las mismísimas trompetas del Apocalipsis? ¿Cómo iba a interpretar mis pesadillas y mis ataques de pánico como una predicción del Juicio Final? Dios ya se ha cansado de nosotros y está azotando la Tierra con un nuevo diluvio... me lo dijo en sueños y yo he fracasado como su profeta. En fin, ahora sólo queda soportar el castigo. Yo de vosotros, me buscaría refugio en otra parte, desde las cámaras veo que el agua ya os llega hasta las rodillas y el viento huracanado está deshaciendo mi casa. No me tengáis envidia por la seguridad de mi búnker... tampoco estoy exento de ser juzgado y muy probablemente, si es el fin del mundo, este refugio acabará siendo mi tumba en vida. Aun así, no pienso abrir esta puerta hasta que pasen días desde que caiga el último relámpago.



PANDEMÓNIUM

MARTÍN FRAGOSO

Tu piel tatuada con hermosas plantas y artrópodos me seduce. Insectos que polinizan flores, que se aparean, que mudan su exoesqueleto, que luchan, que pelean, que se parasitan o se alimentan unos de otros. Escenas, en ocasiones, conmovedoras; a veces, crueles, pero siempre impresionantes.

Aún no logro resolver el misterio del movimiento de las imágenes que recorren tu piel. ¿Será que la magia reside en las tintas con las que diseñaron esas figuras? O tal vez tienes el poder de hipnotizar a quienes te observamos y nos haces contemplar espectáculos inexistentes. ¿O es que mi mente, al verse afectada por tu belleza, me hace alucinar?

No lo sé y nunca he tratado el tema con alguien. Jamás serás para mí un tema banal. Lo ignoras, pero te convertiste en mi obsesión (y, finalmente, eso es el amor, ¿no?). Por ello es que tengo la necesidad de estar cerca de ti.

Te descubrí gracias a la pobre de mi amiga. Los marineros ya no necesitaron amarrarse a los navíos, ni usaron cera en los oídos para evitar lanzarse al mar bajo el hechizo de sus cantos.

Su mejor idea fue venir a ahogar sus penas con alcohol adulterado, tal como hacen muchas de las almas en pena que nos rodean.

En una esquina veo al hada de alas traslúcidas que se masturba día y noche de forma obsesiva. Cerca de la barra hay un dios cuyos poderes sobrenaturales lo han abandonado, el cantinero lo escucha con resignación.

Está también tu amigo, el santo que, por malhablado, fue sometido a *abolitio cultus*. Mi ex, un sacerdote incapaz de usar su “abracadabra” para sacralizar el agua. Ahora anda con el exorcista simulador que realiza favores a los demonios para que abandonen el cuerpo de sus víctimas. Fue todo un escándalo. Pero también vienen demonios ancianos que ya no cuentan con la fuerza suficiente para poseer seres humanos y que lloran porque sus días de gloria jamás regresarán.

Seres atormentados por las más diversas causas. Al parecer, todos los que sienten que salen sobrando en el universo vienen a parar a este lugar. Y eso te incluye a ti. Bueno, eso nos incluye a los dos.

“¿Cómo es que alguien como tú viene aquí?”, me pregunté sin dejar de imaginar tus pezones, con los *piercings* que luces, en mis labios.

Al llegar a la pista te quitas la playera, las luces de colores y el hielo seco te acarician, estimulan la danza de las mariposas, polillas, abejas, avispa y hormigas que habitan la superficie de tu piel. A los pocos minutos todos te observamos absortos. ¿Con cuántos tipos te besas cada noche? ¿A cuántos acaricias? Perdí la cuenta. Sueles rechazar a pocos. He escuchado que algunos, debido a tu rechazo, se han quitado la vida. No me consta, pero me parece creíble. Tu desempeño en el cuarto oscuro lo desconozco, aunque lo imagino.

Ser testigo de los cambios fisiológicos que experimentas al excitarte es un espectáculo maravilloso. Comienzas a sudar, a jadear. Aumenta tu ritmo cardíaco. Tiembles.

Mi autoestima no es la mejor del cielo, así que me conformo con admirar tu hermosura desde lejos.

A pesar de tu éxito como seductor, siempre te marchas solo. ¿Por qué? ¿Acaso nadie merece conocer tu hogar en la capital del infierno?

El trayecto fue largo, pero no me descubriste. Cosas de tu ensimismamiento.

Entraste a este edificio. Dudé por un instante, pero concluí que, si existía otra salida, te me escaparías.

Al principio, los fríos consultorios me parecieron inadecuados. “¿Para qué los quieres si tenemos el *pub*?”, susurré aquel primer día. Y es que, en la madrugada, los más exóticos espíritus se acercan a la barra y beben en hermandad, comparten llantos, suspiros y lamentos; y hay un deseo en común: que la noche se alargue, que la cruel luz del día tarde en aparecer. ¿Realmente necesitamos especialistas del alma?

“Probaré con tal de estar junto a él”, me dije. Después de todo, también debo enfrentar mi problema. Pagué la consulta.

La luz de la sala de espera me resulta casi insoportable. No puedo evitar que mi mirada se pose todo el tiempo en ti. Adentrarme en las historias que me narra tu dermis. Que no tengas cabeza más que para tus conflictos evita que te incomode.

La tristeza que irradian tus ojos es conmovedora. Realmente me lastima tu terrible estado de ánimo, tu infelicidad.

Al principio no pude sino sentir extrañeza.

En la pista te veo feliz, seguro de ti mismo, de tu hermosura. Y al llegar aquí escucho tus lamentos, veo tus lágrimas. Poco me ha faltado para tratar de humedecer mis manos en tus mejillas.

Ahora te comprendo. Podemos habitar el abismo; vivir en él o visitarlo para distraernos con sus luces, su música, o con el sexo, el alcohol y todas las sustancias que se nos ofrecen; incluso entrar y pedir ayuda en sus frías salas; pero ¿cómo podemos librarnos del infierno que nos habita, que nos quema las vísceras?

Se supone que por tu naturaleza no te podría suceder. Por ello es que no estabas preparado para ello.

Al menos compartimos algo. El pensamiento me causa cierta gracia. Una que hace que mi depresión me resulte un poco más tolerable. Yo enamorado de ti, padeciendo mi Gehena, pero tú no cuentas con mejor suerte. No, no te asombres, ya dije que lo comprendo, eché un vistazo a tu Averno.

No me resultó fácil. En el antro te luces con los complejos y sensuales movimientos que ejecutas al bailar. Y aquí te limitas a susurrar mientras esperas a que el psicólogo te llame. Metí mis narices en los expedientes para poder revisar el tuyo con detenimiento, me lo llevé a casa. Supongo que se percataron del robo, la siguiente semana apareció como por arte de magia.

Según esas hojas, buscaste la comprensión de tus hermanos, pero se escandalizaron cuando supieron de tu problema. El rechazo fue lo único que encontraste.

Y también por ello te admiro. Tuviste que enfrentar las burlas, la violencia y las miradas inquisitivas.

“¿No estás orgulloso de lo que eres?, ¿por qué no te atiendes?”, te preguntaron con severidad. Y luego la cantaleta: “Echaste a perder los planes, todo lo que habían soñado nuestros padres para ti.”

También se lee que en meses no has logrado avance alguno. Ahora sé que tus visitas al antro son parte de la terapia. Tienes que exponerte gradualmente a aquello que tanto temes. Desgraciadamente la ansiedad no ha disminuido. Por ello nunca sales acompañado, no concretas un encuentro. El miedo sigue apoderándose de ti, no han disminuido sus efectos fisiológicos, los que, en mi ingenuidad, interpretaba como muestra de tu fogosidad.

Al terminar de husmear quise consolarte de alguna manera, secar las lágrimas que de vez en cuando se te escapan, abrazarte, besarte y, de ser posible, llevarte a la cama. Tal vez conmigo sería diferente. Tal vez yo podría ayudarte con mi ternura. Pero no tengo valor para decirlo ni insinuártelo. Ni siquiera soy bueno en mi profesión. Por ello estoy aquí. Mis músculos se tensan en cuanto se me acercan. Me irritan, hacen que aumente mi mal humor. Y, a pesar de ello, debo protegerlos.

Eres mi hermoso ícubo con genofobia y yo siempre seré tu ángel de la guarda con fobia a los niños.



DOS PASOS MÁS

ESCORIA MEDINA

¿Recuerdas cuando solíamos acampar una vez al mes? Me gustaba el olor a pino por la mañana. Despertar rodeado de naturaleza, de aire libre. Rápido, rápido... Respiro, el humo es más denso en la planta baja. Conozco nuestra casa con los ojos cerrados. Siento como el pecho se me contrae. Son 13 pasos hacia la puerta en cuanto logre llegar a la sala. Calma, respira... Uno, dos, tres... Me gustaba ir al super los domingos, contigo, claro. Yo conducía. Decías que podía ser taxista de lo mal que lo hacía. Tomarnos un helado antes de regresar... Cuando te fuiste vendí el auto, se oxidaba, así como lo hace todo donde queda tu recuerdo. Respiro, no debo perder la cuenta... cuatro, cinco, seis, siete. Son 13 pasos. Son 13 pasos lentos, pero debo apresurarme... El gato se fue, se aburrió de mí, creo... ya tendrá otra familia como la que tenía aquí. Te fuiste... No es mi culpa, así debo decírmelo. Recuerda, concéntrate. El psiquiatra dijo que debía pensar en algo que pueda oler... te gustaban las rosas, tus rosas, las que tenías en el jardín. Ahora todo está marchito, podrido. Concéntrate... Algo que pueda oler... tu perfume que se quedó en tu almohada, los chocolates de caja que nos comíamos de a poco. Respira, respira... El humo me cierra la garganta. Algo que pueda tocar con sólo imaginarlo... Era lindo tomar tu mano, un momento, sentir tu piel. Sabías que no podía mantenerme así mucho tiempo, así que buscaba la manga de tu suéter, me enganchaba a ti con dos dedos mientras caminabas delante de mí. Son 13 malditos pasos, pero ese no es el problema. Todos los días los cuento, llego

hasta la puerta... A veces el timbre suena, abro, tomo el pedido y cierro. Solíamos ir al cine, a todos lados. Te fuiste y me quedé de nuevo solo, con mi ansiedad, los pasillos vacíos y el cúmulo de pastillas que olvido tomar. Me encerré, porque afuera no tiene sentido nada. Aquí está todo tu recuerdo. Aquí están nuestras fotos... fotos que se queman, recuerdos que el fuego consume. Concéntrate, ocho, nueve, diez. Tengo miedo, pero no del fuego. Cuando te fuiste el internet fue mi único vínculo con el exterior. Si no estabas, no necesitaba de nadie más. Te fuiste... no, no... me arrebataron de ti, porque no pude protegerte, porque nunca he sido suficiente, porque el exterior es más rapaz y cruel que el fuego que lo consume todo. Te fuiste una mañana y no regresaste jamás.

La última vez que salí fue para reconocer tu cuerpo en la SEMEFO. El pecho me duele, me dueles, te extraño. El humo lo cubre todo. Me ahogo, el corazón me late rápidamente, siento que se me sale del pecho en cada latido. Once, doce, trece. Toco la cerradura. Las manos me sudan. No tengo tiempo de volver a contar... Respira, tranquilo. Piensa en algo que puedas oír... No puedo, se me va olvidando tu voz. Son 13 pasos y después la puerta. Abre la puerta, abre la puerta. Afuera es un mundo rapaz y cruel. Aquí dentro es cálido. Está tu recuerdo. Son 13 pasos y después 2 más hacia la calle. Sólo debo cruzar el umbral, pero sólo puedo dar 13 pasos, abrir la puerta y cerrar de nuevo. Son 15 pasos en total y llegar hasta ahí es dejarte ir, junto con todo, todo lo que me queda de ti. Adentro es cálido, estás tú. Me falta el oxígeno, quiero aferrarme a tu manga. Son 2 pasos más. Toco la cerradura. Doce, once, diez. No puedo, no puedo dejarte ir... Afuera no estás tú...No puedo, no puedo... nueve, ocho, siete, seis...

FLORENCIA FRAPP: Todos en el mundo somos grasas, no hago distinción de sexo y raza.

LEONORA ZEA: Bruja, hechicera, curandera de las palabras, las ideas y los sueños. Perseguida y buscada por hereje, por ir en contra de las reglas y las normas de la ciudad Mirtos, ciudad de frío y hierro.

ÁNGEL DIAZ: Ermitaño, viajero del mundo. Estudioso de aquellos libros escondidos o rechazados. Cazador de palabras y de malas ideas. Verdugo de atrapasueños y coleccionista de historias por contar.

ESCORIA MEDINA: Procedente de una mente descompuesta. Mediocre intelectual, andrógino, Dios fantoche de logros pueriles, de creaciones aberrantes e inestables. Todo un fraude.

